

la posesión del Sr. Duque de Fernán-Núñez, La Flamenca. Asistieron muchas personas de la aristocracia.

Los Diputados visitantes del Hospital Provincial, Sres. Massa y Lengua, con la cooperación del decano de la Beneficencia provincial y del Sr. Quejana, Director de dicho establecimiento, han aumentado las enfermeras con una magnífica sala destinada a mujeres enfermas de los ojos, que en breve ha de inaugurarse, y será asistida por el profesor del cuerpo médico Sr. Pérez Obón.

Por ratificación reciente del Presidente Cleveland, los Estados Unidos han entrado a formar parte de la unión internacional para la protección de la propiedad industrial. En virtud de este pacto los ciudadanos o súbditos de las naciones en él incluidas gozarán en las demás de iguales privilegios industriales que los naturales del país, y podrán revalidar en él cualquiera patente extranjera dentro del plazo de siete meses a contar desde la obtención de ésta en el país de su origen.

Las naciones incluidas en la unión industrial son Bélgica, Brasil, España, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Guatemala, Holanda, Noruega, Portugal, el Salvador, Santo Domingo, Servia, Suecia, Suiza y Túnez.

Hoy lunes continuará en la sección de Ciencias exactas, físicas y naturales del Ateneo, la discusión del tema «Aplicación de las matemáticas a las demás ciencias». Continúa en el uso de la palabra el Sr. Letamendi, y rectificará el Sr. Villaverde.

El servicio especial de trenes directos entre Madrid y Aranjuez, que debía terminar en 31 de Mayo, continuará efectuándose durante los primeros días de Junio hasta la fecha en que la corte regrese de aquel Real Sitio.

Dicho tren directo sale de Madrid a las nueve y treinta y cinco minutos de la mañana, y de Aranjuez a las cinco de la tarde.

La Junta de instrucción del Centro de Asturias en Madrid, ha acordado que se verifiquen los exámenes de fin de curso en los días siguientes:

Los de instrucción primaria el 6 de Junio, a las nueve de la noche; los de aritmética elemental y gramática castellana el 7, a la misma hora; los del primer curso de francés el 10; los del segundo curso el 11, a la indicada hora, y los de tenebraria de libros, cálculos mercantiles y caligrafía el 14 del citado Junio, también a las nueve de la noche, siguiendo éstos en los días sucesivos, por el mismo orden, si preciso fuera.

Las clases de taquigrafía continuarán todo el mes de Junio, y los exámenes se celebrarán en la segunda quincena de Julio.

Ayer ingresaron en la Caja de Ahorros del Monte de Piedad 349.749 pesetas, por 813 imposiciones, de las cuales son nuevas 181, y se han satisfecho en los días 27, 28 y 29 de Mayo, 331.137 pesetas, a solicitud de 501 imponentes, 229 de ellos por saldo.

Según *El Siglo Médico*, los padecimientos palúdicos de forma febril intermitente y las neuralgias de igual índole han sido muy frecuentes en la semana que acaba de terminar; sus principales manifestaciones han tenido localizaciones gástricas y hepáticas que han cedido con facilidad a los medios terapéuticos sencillos. En los niños siguen presentándose las fiebres eruptivas rosélicas y disminuyendo las anginas catarrales y difteríticas, las fiebres variolosas y la escarlatina. En los afectos crónicos disminuye la mortalidad por complicaciones congestivas, y se presentan con mayor incremento las fiebres sintomáticas y las hidropesías.

El domingo próximo verá la luz pública el primer número de un periódico satírico semanal, que se titulará *Los Ratas*.

En la redacción del nonnato colega figurarán los chispeantes e ingeniosos escritores festivos D. Eduardo de Lustedo, D. Salvador M. Grandes y otros renombrados literatos, y los dibujantes serán de lo mejorcito de la clase.

Con estos elementos no es dudoso el éxito de la nueva publicación, en cuyo número primero irá un programa humorístico lleno de chistes y conceptos graciosísimos; dicho trabajo se atribuye al Sr. Lustedo.

Desearíamos todo género de prosperidades al futuro colega y esperamos su visita, que le devolveremos con gusto.

328. González Bolívar (D. Pedro). *Prisión de Boabdil, último Rey de Granada, en la batalla de Lucena*. Alto, 2,70 metros. Ancho, 3,71 metros.

Al ver por primera vez este cuadro creímos que sería obra de alguno de esos pintores viejos encastillados en los procedimientos de hace treinta años. En efecto, apenas se encuentra en el rasgo alguno que acuse en el autor la noción más ligera de lo que en toda Europa es ya la pintura. En los tiempos en que el estudio del natural se tomaba como una medicina amarguísima, y en que el estudio del clasicismo terriblemente decadente de fines del pasado siglo y principios del presente, de ese clasicismo contrahecho y falsificado por el pésmo gusto de generaciones de pseudo-artistas, es fuente única de conocimiento, pintaban así cuantos tuvieron la inmensa desgracia de nacer con aficiones al arte, con la sola excepción del inmortal Goya; pero hoy no habrá quien transija con esa sencillez completamente falta de intención, con ese aire bucólico que da a los personajes de este cuadro el aspecto de honrados pastores que representan una farsa guerrera. Cultive el Sr. González el estudio directo del natural, rechace las reminiscencias de lo antiguo, y conseguirá buenos resultados, pues de sobre se ve que sabe pintar.

9. Agradot y Juan (D. Joaquín). *Entrada del Emperador Carlos V en el monasterio de Yuste*. Alto, 3,16 metros. Ancho, 5,14 metros.

Este cuadro tan bien pintado recuerda la manera castiza y noble con que han pintado en los últimos treinta años muchos hombres ilustres cuya fama, consagrada por sus triunfos dentro y fuera de España, es uno de los más gloriosos y puros timbres que hoy ostenta la noble patria española. Hay pintura en este cuadro para enriquecer a muchos de la Exposición, exhaustos de ella; hay en él detalles que son prodigios, pero nada más; lo primero que falta es el protagonista, falta el Emperador y faltan en todo él esas corrientes espirituales que deben animar las cabezas y actitudes de los personajes, haciendo converger todo, irresistiblemente, al objeto de la obra, al asunto, que en este cuadro no resulta.

Nuestro aplauso incondicional al pintor, y ojalá que otra vez tenga más fortuna para expresar su idea con ese pincel tan maestro que posee.

37. Amerigo y Aparici (D. Francisco Javier). *Del saqueo de Roma*. Alto, 3,80 metros. Ancho, 5,50 metros.

El Sr. Amerigo entra definitivamente en el número de nuestros artistas notables; su cuadro es un conjunto de perfecciones y demuestra con qué sereno espíritu se ha consagrado a su obra sin que en su ánimo hayan influido los muchos escándalos sancionados por el Jurado de la Exposición anterior, gracias a los cuales han creído algunos que dando a la obra aspecto y sin preocuparse de que haya una sola cabeza que exprese y acuse un pintor se podían alcanzar medallas. Hombre estudioso y reflexivo, ha desarrollado su asunto en el sano apartamiento de esas verdaderas novelitas que llueven sobre el arte para malograrlo, como las nubes de pedrisco malogran las cosechas, y obrando con arreglo a ideas propias arraigadas, con arreglo a convicciones profundas, ha producido lo que no dudamos en calificar una joya de la Exposición.

Está tan bien pintado como bien dispuesta su composición. Inútil es buscar una incorrección de dibujo; su color, que demuestra por la valentía y decisión con que está extendido hasta qué punto el señor Amerigo es una personalidad artística definitivamente formada, es de una delicadeza exquisita.

Sin embargo, el secreto de por qué este cuadro teniendo condiciones para haber arrebatado al público, solo ha conseguido agradar muchísimo a todos, profanos e inteligentes, creemos encontrarlo en esa misma delicadeza exquisita que forma la esencia del carácter de su autor reflexivo y culto. Esa delicadeza pues, por su predominio absoluto roba variedad, dando a la obra lo que podríamos llamar la monotonía de lo mejor, es la que le ha llevado a dar a los soldados bandidos, a quienes no se hubiera en manera alguna calumniado mezclando rasgos de elegancia y ostentación, rasgos propios de brutal y bajandina grosería, el aspecto de nobles livianos que por un momento descienden en el calor de la orgía al nivel de los ruñanes.

El Sr. Amerigo tiene la distinguida mala fortuna de dar a los rasgos fisonómicos más bajos una esquisita compostura que no es del agrado del público en una soldadesca ebria y fanática.

El terror que debe infundir lo nauseabundo de aquellas escenas falta en el cuadro y para expresar esa nota un color adecuado, y esto a pesar del terrible moribundo y de los cadáveres admirablemente agrupados de primer término.

670. Ramírez (D. Manuel). *De la conquista de Méjico (Otumba)*. Alto, 3,96 metros. Ancho, 5,50 metros.

El Sr. Ramírez ha probado con su cuadro que sabe pintar, pero sentimos muchísimo no hallar en todo él una cualidad de artista superior que elevar; ha defraudado las esperanzas de los que le creíamos capaz de grandes cosas, al recordar su cuadro del anterior certamen, que tanto digno de aplauso encerraba.

237. Fernández (D. Silvio). *A las fiesras. Episodio de la historia antigua de Roma*. Alto, 3 metros. Ancho, 5 metros.

La cualidad que como artista distingue al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago que se halla al final de una ventura afortunada. La serie de obras, por las cuales se ha dado a conocer al Sr. Fernández, es una esquisita discreción que le librará siempre de caídas de esas que sorprenden, como de saltos más o menos aventurados, en cuyo esfuerzo suele dejarse atrás el pintor su más preciado caudal de experiencias, en cambio de ese algo halagüeño, pero inexpressible por lo vago

los monárquicos para consultarse sobre la crisis y la exclusión de la extrema izquierda que con ellos contribuyó a la derrota del Gabinete Gobié, es el punto de partida de los ataques e invectivas de los radicales contra el Eliseo.

Vuelven a circular rumores de que la Cámara será disuelta si el Ministerio Rouvier sufre un fracaso; pero todo el mundo se pregunta si son convenientes en las actuales circunstancias unas nuevas elecciones, que podrían convertirse, a la menos en los grandes centros de población, en la apoteosis del General Boulanger.

Paris 29 (6:35 tarde).—Se [considera casi seguro que el Presidente de la República firmará esta noche los decretos nombrando el nuevo Ministerio presidido por el señor Rouvier.

(De la Agencia Libre)

Paris 29.—La creencia general, es que M. Rouvier no podrá llevar a cabo la combinación para formar Gabinete y que si M. Floquet, fuera llamado otra vez, en seguida presentaría el Ministerio a M. Grevy.

LOS ACCIONISTAS

DEL

BANCO DE ESPAÑA

Poco después de las dos se abrió ayer tarde la sesión, continuación de la anterior, bajo la presidencia del Sr. Albaladejo.

Concedida la palabra a D. Jacinto María Ruiz, siguió apoyando su proposición, esforzándose por demostrar lo anómalo del procedimiento que se pretende emplear en este asunto, y la necesidad de la autorización del poder legislativo para que el Banco pueda interesarse en la subasta para el arriendo de tabacos.

Concedió al Sr. Ruiz el Consejero señor Aróstegui y después de rectificar ambos señores y no habiendo ninguno más que deseara hacer uso de la palabra, se puso a votación la proposición del Consejo.

El Sr. Aróstegui, iniciador de la idea del arriendo, ha hecho con mucha sobriedad la historia del asunto, y puso claramente de manifiesto en su discurso las razones que, en su concepto, militan para la admisión de un pensamiento que considera igualmente favorable para el país, para la Hacienda y para el Banco de España, recibiendo repetidas muestras de aprobación de la Junta de señores accionistas.

Después de algunas explicaciones entre el Sr. Marqués del Pazo de la Merced y la Presidencia, se acordó, a petición de varios accionistas, que la votación fuera nominal, resultando aprobada la proposición por 157 votos contra 19, superando con exceso las dos terceras partes de votos de los accionistas asistentes a la reunión, que son precisos para la validez de los acuerdos.

EL MEETING DE AYER

Unos 300 empleados de ferrocarriles próximamente concurrieron ayer tarde a la reunión celebrada en el teatro Felipe.

A propuesta de uno de los individuos de la comisión, fueron nombrados Presidente de la mesa D. Juan Ibañez, y Secretarios los Sres. Román Quiñones y Cuevas.

Se dió lectura a una proposición, pidiendo que cada compañía nombre una comisión, y ésta a su vez designen la ejecutiva, encargada de protestar del recargo que se impone a los empleados de ferrocarriles, y asimismo del concepto de industriales que les atribuye, como también de competencia de la comisión ejecutiva la publicación de un periódico, órgano en la prensa de los mencionados empleados.

Defendieron la proposición varios asistentes, entre ellos los Sres. Moray y Quiñones, exponiendo el primero las gestiones practicadas cerca del Sr. Ministro.

La proposición fue aprobada por aclamación, levantándose la sesión (que duró una hora), después de pedir el Presidente la unión y concordia de todos los empleados de ferrocarriles para la defensa de sus intereses.

BALANCE

DEL

BANCO DE ESPAÑA

La existencia del efectivo metálico en las cajas de este establecimiento ascendía anteayer a 801.195.141 pesetas contra 298.639.402 el 21 del presente mes.

Durante esta semana próxima pasada la circulación de billetes ha disminuido de 592.029.650 a 583.101.125 pesetas. Las carteras de Madrid y sucursales presentan aumento. La de esta capital de 699.041.154 a 703.397.691 pesetas. Las de provincias de pesetas 167.422.756 a 169.577.091.

En las ganancias y pérdidas en Madrid y sucursales realizadas y no realizadas aparecen los resultados siguientes: 14.849.313 en el día de anteayer contra 14.620.323 el 21 del actual mes.

Las reservas de contribuciones han subido de 16.657.655 a 25.699.843 pesetas.

Las acciones del Banco de España, que abrieron en Bolsa el lunes último a 399'50, cerrando anteayer a 407, después de haberse cotizado el jueves a 412.

El aumento de la existencia del efectivo en metálico y la baja en la circulación de billetes son los hechos de mayor importancia que el examen de las cifras de este balance arroja, y demuestra la constante solicitud con que la celosa Administración de nuestro primer establecimiento de crédito atiende a las exigencias del tráfico.

GACETA

La de hoy no contiene disposición alguna de interés general.

SUCESOS

Ayer, a las siete de la tarde, en la calle de la Palma, un muchacho de once años fué herido levemente en la cabeza por otro que estaba jugando con él y a quien no conoce ni sabe donde vive.

En la calle de Mesón de Paredes fueron ayer tarde, a las cinco, detenidos dos sujetos por hallarse jugando a los prohibidos.

En la calle de Valencia, a las cuatro y cuarto de la tarde de ayer, fueron detenidos dos jóvenes que iban desahogados, ocupándose a uno de ellos una navaja de grandes dimensiones.

Ayer fué robado, a la puerta de la iglesia de las Arrepentidas, sita en la calle de Hortaleza, un reloj de oro a D. Juan López Echevarría.

El tomador, que era el conocido por Rata Lusa, quedó a disposición del Juzgado de instrucción de guardia.

A las ocho de la mañana de ayer ocurrió un hundimiento en el solar situado del Cura, sito en los Pozos de la Nieve y contiguo al cerral de la villa.

Afortunadamente no ha habido que lamentar desgracias personales.

En la tienda de ultramarinos situada en la calle de la Luna, números 25 y 33, se descubrió ayer un robo, consistente en una cantidad bastante grande de géneros y artículos de comercio.

La autora, que resultó ser una criada de la casa, fué puesta a disposición del Juzgado, como asimismo uno de sus cómplices, portero de la Dirección general del Tesoro público, en poder del cual declaró la primera que había dejado varias veces los efectos que sustraía del citado establecimiento.

A las doce y media de la mañana de ayer fué curado en la casa de socorro del distrito, de una herida grave en la frente y la dislocación del brazo izquierdo, Isidro Reyes Pador, por consecuencia de haberse caído hallándose colocando una persiana en una ventana del piso bajo del Juzgado de guardia.

En la casa de socorro del distrito del Hospital fué curado ayer a las tres de la

mañana un albañil, llamado Rafael Salvador, que hallándose a dicha hora examinando una pistola en la calle de Valencia, salió el proyectil, ocasionándole una herida grave en la palma de la mano izquierda.

Según anoche oímos, un toro recorrió la calle de Toledo y otras varias, proporcionando los revolones y sustos consiguientes.

En la ribera de Curtidores fueron ayer detenidos cuatro individuos como tomadores.

COMUNICADO

El Vocal del Comité ejecutivo de la Exposición de Filipinas nos remite, para su inserción, el comunicado siguiente:

—Sr. Director de LA OPINION.

Muy señor mío y amigo: Con motivo del fallecimiento de la mora Basilia han publicado en *El Liberal* del 28 un comunicado varios hijos del suelo filipino, en el cual, a vuelta de algunas frases propias del caso de que se trata, se deslizan otras nada favorables a los sentimientos siempre generosos y cristianos de la Comisaría regía y Comité ejecutivo encargados de todo lo relativo a la Exposición filipina, suponiendo falta de esmero en el trato que se da a los indios y de la previsión necesaria para evitar contingencias que en Madrid son por desgracia inevitables.

Pudieran hacerse constar muchos fallecimientos de pulmonías fulminantes en hijos de nuestro suelo que se encuentran aclimatados en Madrid; pero a nadie se le ha ocurrido hasta ahora, achacar esta enfermedad terrible a otro motivo que a los rigores de nuestro clima.

Del mismo modo que en Filipinas sucumben peninsulares, en la flor de su juventud, víctimas de la disenteria, del cólera y de las fiebres malignas propias de aquel país.

Por mi parte, creo suficiente respuesta la dada por nuestro estimado colega *El Correo* del 28, a los firmantes del comunicado, que se atribuyen la representación de la colonia filipina en esta corte.

En cuanto a las apreciaciones hechas sobre este asunto en el *Diario Médico Farmacéutico* por el doctor Sr. Díaz de la Quintana, de que se hace eco un diario de oposición, se nos ocurre decir que, en vez de meras críticas, habría sido más eficaz que dicho facultativo hubiese prestado sus servicios científicos a nuestros queridos huéspedes, lo cual sería realmente practicar la filantropía.

Con este motivo se reitera de usted afectuoso y seguro servidor Q. B. S. M.—Serafin Cano y Urquiza.

Mayo, 29.

CURIOSIDADES

El proceso de los nihilistas

El telégrafo comunicó hace días la sentencia pronunciada por los tribunales rusos en la causa instruida contra los que atentaron contra la vida del Czar el día 13 de Marzo último: siete de los principales nihilistas han sido condenados a horca y los restantes a varios años de prisión.

Los periódicos extranjeros publican algunos detalles interesantes referentes a la vista del proceso de los regicidas. El público, que llenaba el local donde se celebró el juicio, se conmovió profundamente ante la juventud de los acusados.

Estos se presentaron ante sus jueces con aire humilde, y respondieron en voz baja a todas cuantas preguntas se les dirigían.

El único que habló y que proclamó con entera las doctrinas sustentadas por el nihilismo fué Dubanoff, a quien puede considerarse como jefe del complot contra la vida del Czar.

Dubanoff es un estudiante de clarísima inteligencia. Hace algún tiempo su raro mérito fué premiado en la Universidad con una medalla de oro; este premio dió lugar en la Audiencia a un incidente muy curioso.

Habiéndole preguntado el Presidente si había envenenado las bombas, contestó con sequedad:

—Sí.

—¿Y sabéis—continuó el Presidente—cuáles podían ser las consecuencias de vuestro proceder?

—¿Quién lo duda? Si no lo supiera no hubiese procedido como lo hice.

—¿Estabais solo cuando envenenasteis las bombas?

Dubanoff, después de mirar en torno suyo, respondió con gran sangre fría:

—No.

—Sabemos—continuó el Presidente—sabemos que no estabais solo, y sabemos también que se ha fugado. ¿Quién le ha facilitado medios para fugarse?

—Yo. He vendido por ello mi medalla de oro; la recompensa que me habían dado por haberme distinguido en química.

—Y por qué, ya que teniais dinero, no habéis huido también?

—¡Oh!—respondió entonces Dubanoff, con aire de profundo convencimiento.—Este es un negocio que cada uno arregla según su conciencia. Yo no he querido huir; he preferido dar mi vida por la causa que defendemos.

Entre los demás acusados figuraban algunos, por los cuales el auditorio se interesaba vivamente. Uno de ellos, un estudiante de teología llamado Noworok, traía el favorito del Presidente del Santo Sínodo, quien le había invitado algunas veces a comer.

Las mujeres complicadas en el proceso dieron pruebas de una gran serenidad.

Una de ellas, Raisa Schmidowa, era de rara belleza. Como el Presidente la preguntara qué clase de relaciones la unían con uno de los acusados, Pilsonroki, hijo de un gran propietario polaco, contestó:

—Es mi marido.

—Pero ¿si no estáis casada!

—Casada, sí! Pero puedo muy bien estar casada sin que un cura nos haya echado la bendición...

El puerto de Buenos Aires

Ya ha regresado a Buenos Aires don Eduardo B. Madero, concesionario de las obras de aquel puerto y autor de los planos, que había ido a París y Londres para constituir una sociedad anónima y reunir los 250 millones de pesetas que se necesitan para realizar los inmensos trabajos de mejora emprendidos en la margen del Río de la Plata.

Trátase de robar al río unos 750 hectáreas, para excavar en ellas cinco vastas dársenas, unidas unas a otras por un canal, y que tendrán comunicación con la actual bahía por medio de dos canales dispuestos en los extremos.

Cada dársena tendrá una longitud de 500 metros, por un ancho de 200, y un lado de seis: de modo que serán accesibles para los mayores buques trasatlánticos. En el resto de los terrenos ganados al río se instalarán docks, establecimientos de marina, amplios muelles y un nuevo barrio comercial, calculándose que la venta de estos terrenos cubrirá una buena parte de los gastos de la empresa, que serán enormes por la carestía de la mano de obra y por tratarse de excavar y transportar nada menos que veinte millones de metros cúbicos de tierras.

La urgencia de las obras se impone. Actualmente los buques de algún porte tienen que permanecer en rada abierta, y que por tanto dista mucho de ser segura, a treinta kilómetros de Buenos Aires, de suerte que hay que trasladar las mercancías para conducirlos a los depósitos de la aduana. El día en que los vapores carguen y descarguen directamente sobre el muelle se obtendrá una economía de 15 a 18 por 100 sobre los tipos actuales de los fletes y se duplicará rápidamente la cifra de las transacciones.

Freno automático

El Ingeniero representante de la Compañía francesa del freno de vacío automático, M. Pampard, organizó un tren especial para hacer pruebas de dicho freno.

Compónase el tren de un coche *sleeping car*, dos coches berlines-camas, berlina *toilets* y sillones-camas, dos coches de primera, uno de segunda y dos furgones.

Formaban parte de la expedición los Directores generales de Obras públicas e Instrucción pública, los Inspectores generales de Caminos Sres. Espinal y Paqueto, los Ingenieros jefes de las divisiones de ferrocarriles del Norte y Mediodía Sres. Borregón y Sanz Fornosa, los Ingenieros del Ministerio de Fomento Sres. Echegaray y Domenech, Sanz Cleirach y Vilanova, el jefe del movimiento Sr. Castro, el Ingeniero jefe de la Compañía y el Inspector jefe administrativo, Coronel Oliver, además de gran número de ingenieros españoles, franceses y norteamericanos, del Director general de la Compañía del Mediodía señor Montesinos, y de varios representantes de la prensa.

Con muy buen resultado se hicieron las pruebas siguientes: parada normal en la estación de Vallecas, parada repentina en la de Vicalvaro, parada por la válvula del furgón a la bajada entre esta estación y la de San Fernando, parada normal en la misma, disminución de velocidad en Torrejón, término del viaje.

En la parada repentina se emplearon solo trece segundos.

Todos los invitados quedaron altamente satisfechos de la brillantez de las pruebas practicadas.

BOLSÍN

A las cuatro y media.—Ayer continuaron subiendo los fondos.

La demanda de papel seguía. El 4 por 100 interior al contado subió hasta 60'00; fin de mes, 65'95; fin próximo, 66'15.

Barcelona.—Interior, 65'95; exterior, 67'80.

A las doce.—Fin de mes, 65'95; fin próximo, 66'10.

Barcelona.—Interior, 65'85; exterior, 67'82.

ENTRE BASTIDORES

Van cumpliéndose nuestras predicciones. Anoche ha podido el público jugar mejor a Mame. Granier y al baritono Vauthier en *Giroflé-Giroflé*.

Pocas veces ha alcanzado obra tan conocida y popular una interpretación más acabada: verdad es que, como decíamos anoche—y no nos causamos de repetir—no recordamos haber visto en los teatros de Madrid una *troupe* en la cual hayan figurado artistas de mérito tan reconocido como los que forman la que actúa en el coliseo de la calle de Jovelianos.

No es esta, pues, una compañía cómica aceptable, sino buena, que merece el favor decidido que el público la dispensa.

Anoche oímos a algunos descontentados de esos que entran en todos los espectáculos con paleta de convite y que, por lo común, los enemigos más encarnizados de las empresas, establecer comparaciones entre eminencias que nos visitaron antes y las que hoy viven entre nosotros y con sus talentos nos deleitan.

A los que pretenden establecer paralelos entre la Granier y la Judit, les diremos que evidencian su propia insuficiencia al atreverse a establecerlos.

Ambas artistas tienen mérito indiscutible, pero cultivan géneros distintos, y para el en que se distingue la primera de las damas citadas se necesita mayor cultura artística que para cantar con desenfado gracioso e intención aguda *couplets* más o menos oportunos y picantes.

Anoche la Sra. Granier, en el papel de *Giroflé Giroflé*, no sólo mostró por modo evidente lo agradable de su voz simpática, sino el gusto exquisito que caracteriza su manera de cantar.

Apesar de su fisonomía un tanto serena y de su seriedad que revela una mujer adusta y poco comunicativa, interpretó el carácter de la protagonista con tan raro acierto, que supo expresar con éxito feliz los distintos y encontrados sentimientos que van impresionando su espíritu. Para esto le bastó muchas veces una sonrisa, un gesto, una mirada en la cual reflejábanse todas las dulzuras halagadoras de una alma conmovida y de un carácter enamorado.

La alegría, la burla, el miedo, la indecisión, la timidez, la arrogancia, se pintaron admirablemente en el carácter de *Giroflé Giroflé*, que pocas veces ha tenido intérprete más afortunado.

El público premió con sus aplausos el mérito indiscutible de la señora Granier, a la cual nosotros—admiradores entusiastas—osedeamos talento, felicitamos—sinceramente—Vauthier, también evidenciado anoche mucho más que en *Le petit duc* sus excepcionales condiciones; bien que para ello se presta la obra.

Cantó con gusto y dió a su papel, con la habilidad propia del talento de un gran artista, un colorido cómico agradable. Se separó de la regia general, pues acontece por lo general que los que interpretan el papel que a dicho artista le tocó desempeñar anoche, le acentúan tanto que resulta aquel algo así como una caricatura grotesca y repugnante.

El tenor Delmas, fué muy aplaudido. Los coros resultaron mejor ensayados que los de *Le petit duc*.

En síntesis: *Giroflé-Giroflé* ha sido un éxito para la señora Granier y para el baritono Sr. Vauthier.

Y un motivo de aplauso y de felicitaciones para los demás artistas de la compañía.

Continúa la suerte protegiendo al teatro de Maravillas, justamente merecedor de la fortuna que le favorece.

La zarzuela estrenada en aquel teatro con el título de *El señor Castaño* es digna del aplauso con que el público la acoge. Anoche se dió la segunda representación con igual éxito que la noche del estreno, siendo llamados al palco escénico distintas veces los autores de la obra, Sres. Pérez de Zúñiga y Blasco.

En la representación se distinguieron las señoritas Segovia y Prado, y los señores Mesejo (padre é hijo).

El concierto de Sarasate y sexteto de Arce, en el teatro Raquel de Oporto, ha tenido un éxito extraordinario. Sarasate ha sido llamado a la escena sesenta veces, colmando al público de aplausos y de coronas de flores, siendo acompañado al hotel con música y aclamado en el trayecto.

ENTRE BARRERAS

La corrida de toros anunciada para ayer tarde se suspendió de orden de la autoridad, previo informe de los matadores, después de haber éstos reconocido el piso del redondel, que no ofrecía buenas condiciones para la lidia.

Se ignora qué día se verificará la corrida.

..

Nuestro ravistero Puyazos, que no pudo resistir la tentación de ir a Córdoba, donde actuaban ayer los dos maestros, nos telegrafió anoche lo siguiente:

«Córdoba 29 (7:30 t).—Toros del Duque malos.

Rafael y Salvador procuraron quedar lo mejor posible.—Puyazos»

ANUNCIOS RECOMENDADOS

CAZADORES Y VIAJANTES

Cubiertos para campo y viaje, con se cesta, desde 6 pesetas en adelante.

El cubierto de 6 pesetas, cuyos tres platos varían frecuentemente, se compone de lo que sigue:

Pan.—Salchichón.—Jamón en dulce.—Pastel de liebre.—Pavo trufado.—Pasteles.—Fruta.—Queso.

SUIZO MODERNO

Sevilla, núm. 16

SOLAR EN VENTA.—Hay uno de 3.120 pies, situado en la calle del Príncipe de Vergara, próximo a la estación del tranvía del barrio de Salamanca, y frente al hotel que tiene un molino de viento.—Precio del pie, dos pesetas.—Arenal, 24, tienda, informarán.

HACEN FALTA OFICIALES DE MODISTA Mad. Honorine, Alcalá, 80.

PLANTAS Y FLORES.—CABALLERO DE Gracia, 17.—Véase el anuncio inserto en cuarta plana.

ESPECTÁCULOS PARA HOY

Alhambra.—9.—F. 12 de abono.—Tur no par.—Le danne guerriere.—Marina.

Apolo.—8 3/4.—La vida del Señor.—Los lobos marinos (primer acto).—Los lobos marinos (Segundo acto).—La gran vía.

Zarzuela.—9.—F. 3.ª de abono.—T. impar.—Giroflé Giroflé.

Lara.—9.—T. 3.ª impar.—El ventanillo.—El padrón municipal.—Segundo acto.—Pe pa la frescachona ó el colegial desventurado.

Maravillas.—9.—Caramelo.—¿Quién fuera libre!—Una en el clavo.—El Sr. Castaño.

Circo Hipódromo.—(Junto al Dos de Mayo).—8 1/2.—Turno impar.—Variados ejercicios por los principales artistas de la compañía, y el notable Mr. Derick con su colección de loros y cotorras amaestradas.

Circo de Price.—A las 8 1/2.—Función.

MADRID

IMPRENTA DE ALFREDO ALONSO

Calle del Soldado, núm. 8

FOLLETTIN DE LA OPINION 30

EL

SEÑOR MINISTRO

POR

JULES CLARETIE

NOVELA PUBLICADA POR «EL COSMOS EDITORIAL»
Montera, 21.—2 tomos.—Precio, 5 pesetas

No gustaba de la gente retraída, cejijunta, descontenta y sombría. Como digiera bien, no se le alcanzaba que hubiera quien padeciese del estómago, y como buen vividor, no admitía que los hambrientos procuraran alimentarse mejor. Para él todo estaba bien, todo marchaba perfectamente, todo caminaba a las mil maravillas.

Admirablemente equilibrado, jamás se enfurecía ni tenía envidia. Creíase superior a los demás.

Warcolier no se comparaba con nadie, ni siquiera se prefería a los otros, sino que se adoraba sencillamente. El mundo era suyo. Andaba golpeando atrevidamente el suelo, con los brazos siempre abiertos, el vientre hacia adelante y la cabeza alta. Por todas partes parecía ir aspirando perfumes de triunfo y de victoria. No era hombre capaz de comprometerse nunca por la causa de los vencidos.

Se conocía de Warcolier una Historia del trabajo y de los trabajadores que en

su tiempo dedicó a S. M. Napoleón III con esta dedicatoria aduladora: «A vos, señor, que habéis sustituido a la aristocracia del trabajo la aristocracia del nacimiento, y con la de la sangre vertida por la patria, la de la sangre transmitida por los antepasados.» Luego, allá por el año 1875, Warcolier había hecho una nueva edición de su *Historia del trabajo*, y la gente tuvo curiosidad por conocer la dedicatoria. A él no le costó gran trabajo obviar la dificultad. Había dedicado su libro a otro soberano: «A ti, pueblo, que has sustituido con la aristocracia del trabajo la del nacimiento, y con la de la sangre vertida por la patria, la de la sangre transmitida por los antepasados.»

Y el apellido de Warcolier, que se leía en otro tiempo al pie de profesiones de fe que se encabezaban con estas palabras: Llamamiento a las gentes honradas. La revolución nos invade, se leía ahora al pie de proclamas en las cuales exclamaba Warcolier, que era el mismo diablo: Llamamiento a los buenos ciudadanos. La reacción nos amenaza.

¡Tal era el hombre que Granet y sus amigos se empeñaban en llevar a la Subsecretaría de Gobernación! Vaudrey se proponía decir claramente su opinión, dentro de un rato, en Consejo de Ministros.

La hora del Consejo se acercaba. Sulpicio veía a través de los visillos de un balcón de su despacho, su berlina euganizada que esperaba en el patio para conducirlo al Consejo aunque la plaza Beauvau no está lejos del Palacio del Eliseo. Metió en la cartera los papeles del Prefecto de policía y del Director de la prensa, y ya se preparaba a salir cuando su portero le entregó otra tarjeta.

—¿De quién? No recibo ya más gente.

—Es que este caballero ha dicho que si el señor Ministro veía su nombre, el señor Ministro lo recibiría de seguro.

Vaudrey cogió la tarjeta.

—¿Jeliotte! Tiene razón. ¡Que entre!

Quitóse el sombrero que se había puesto para salir y se dirigió con los brazos abiertos a la puerta, por donde entró un hombre de rostro pálido, flaco, con largas patillas negras que parecían de crin.

Jeliotte, antiguo compañero de carrera del Ministro, era ahora abogado del Tribunal Supremo y entró saludando ceremoniosamente a Sulpicio que lleno de afectuosa expansión se dirigió apresuradamente hacia aquel compañero de su juventud.

Jeliotte se inclinó con cierta afectación de respeto y sonrió.

—¡Ah! ¡cuánto me alegro de verte!—dijo Vaudrey.

—¿Me tuteas todavía?—dijo Jeliotte mostrando al sonreír unos dientes clarucos y amarillentos.

—¿Vaya una ocurrencia! ¡Acaso he desmerecido tanto para ti que no deba tutearle?

—Vamos, los honores no te han vuelto el juicio, más vale así—añadió Jeliotte.—¿Me preguntas que cómo estoy? ¡Siempre lo mismo!... Trabajando mucho. ¡Te sigo con interés en tu carrera, y aplaudo tus triunfos!

Al hablar de los triunfos de Vaudrey, Jeliotte, sentado en el filo de un sillón, con la vista fija en su sombrero, movía las mandíbulas como si estuviese partiéndose una avellana con los dientes.

—¿Me he alegrado mucho, muchísimo de tu entrada en el Ministerio!... ¡Me he alegrado por ti!

